

JOSÉ GREGORIO GONZÁLEZ

GUÍA MÁGICA

de

CANARIAS

DESCUBRE CIENTOS
DE MISTERIOS
Y LUGARES SECRETOS
DEL ARCHIPIÉLAGO
CANARIO

Luciérnaga

JOSÉ GREGORIO GONZÁLEZ

GUÍA MÁGICA DE
CANARIAS

Descubre cientos de misterios y lugares secretos
del archipiélago canario

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: José Gregorio González, 2015.
© de las fotografías: José Gregorio González, excepto p. 241: Melecio Pérez (pirámide Puerto de la Cruz) y Manuel Baez (pirámide La Orotava); p. 247: Confederación Atlántida; p. 316: Luis Javier Velasco; p. 345: ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma; p. 358: ayuntamiento de La Orotava; p. 361: ayuntamiento de La Laguna; p. 371: ayuntamiento de Tijarafe
© de la imagen de cubierta: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 2015
Segunda impresión: mayo de 2017
Tercera impresión: febrero de 2021
Cuarta impresión: noviembre de 2022
Quinta impresión: enero de 2023
Primera edición en esta presentación: enero de 2024

© Edicions 62, S. A., 2024
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19164-97-1
Depósito legal: B. 13.417-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Introducción	11
1. Un pasado mitológico	15
Las Afortunadas, Bienaventuradas y Campos Eliseos	16
Las Hespérides, el jardín astrológico	19
La visión astrológica	22
San Borondón, la isla fantasma	26
2. Entre el mito y la realidad	33
La Atlántida	33
Guanches: la raza perdida	41
Amistades peligrosas: egipcios, fenicios y vikingos	55
Las pintaderas. Los extraños sellos	73
Arqueoastronomía canaria	81
El misterio celeste de Canarias	83
El secreto de las momias	103
La trepanación	112
El misterio rupestre	114
3. Misterios paganos y religiosos	123
Milagros, apariciones, templos y esoterismo	123
Virgen Negra, Virgen templaria	123
El arcón volador de la Candelaria	137
La concepción orotavense	140
Esvásticas y letras chinas en la iglesia	144

Amerindios en Pájara	147
El gran templo de los masones	149
El Jardín Victoria de La Orotava	155
Otros símbolos: San Juan de Telde, en Santa Cruz de La Palma	158
Ruta mariana	166
El extraño caso del hermano Pedro	180
La monja incorrupta	184
El obispo Codina, otro episodio de incorruptibilidad	188
Canarios que rozaron el cielo	191
Las reliquias de Tzacorte	201
Objetos de prodigio	203
4. Pirámides en Canarias	215
Las pirámides de Güímar	215
Otras pirámides en Canarias	237
5. En busca de las luces	249
La Luz de Mafasca. Fuerteventura	250
La luz que cedió su nombre. Gran Canaria	253
De visita por El Time. La Palma	254
De Vilaflor a La Matanza. Tenerife	256
Un ensayo de explicación	257
6. Misterios por doquier. Teleplastias y criptozoología	261
Un paseo por la criptozoología canaria	261
Teleplastia en la roca. El rostro de los milagros	271

7. Siete rutas mágicas	277
Tenerife: Barranco de Badajoz	277
Gran Canaria: Bosque de Osorio	286
Fuerteventura: de Tindaya a Mafasca	291
La Gomera: de Laguna Grande a la fuente mágica de Epina	303
La Palma: la Caldera, Idate y las Luces de la Tierra	314
El Hierro: los Santitos, el Garoé y el Julan	319
Lanzarote: volcanes, jameos y brujas	328
8. Fiestas mágicas	341
Carnavales. La otra cara de la fiesta	341
San Juan. La fiesta del fuego	349
Corpus. Las alfombras-mandalas	357
Danza de las varas. Tributo canario-catalán	359
Ramo de Arure. Evocando la abundancia	360
Fiesta de la Rama. ¿Ritual aborigen?	362
Romería del Socorro (7 de septiembre). Encuentro con los guanches	364
Fiesta del Charco (11 de septiembre). Más tradición	365
La Suelta del Perro Maldito (septiembre). Una insólita fiesta moderna	365
San Andrés (noviembre). Correr el cacharro y estrenar los vinos	366
Los animales y San Antón (17 de enero)	367
Fiestas por doquier	370
9. Canarias encantada. Cartografía de edificios y lugares con fantasmas	373
Tacande, la Palma	373
Galdar, Casa-Museo de Antonio Padrón	376

Garachico, el amable espectro de una monja	378
Teguise, ¿el espectro del alcalde?	381
Las Palmas de Gran Canaria y el espíritu de los monjes	383
La Laguna y el alma de la novia suicida	385
Otros enclaves espectrales visitables	387

Bibliografía imprescindible y recursos de interés **389**

ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD

La Atlántida

Uno de los temas más recurrentes relacionados con el misterio y Canarias es, qué duda cabe, el de la Atlántida. Se ha escrito y hablado tanto del legendario continente supuestamente hundido hace más de doce mil años que pocas, por no decir ninguna, son las novedades que podemos aportar al lector que tenga un conocimiento medio acerca del asunto. Sin embargo, no sería de justicia pasar por alto uno de los mayores argumentos de discusión de los historiadores y científicos en general de todos los tiempos, especialmente arqueólogos y geólogos, por lo que lógicamente tendrá su espacio en una obra que, como esta, pretende ofrecer al lector una visión de la Canarias mágica y alternativa lo más completa posible.

El primer y principal problema al que nos enfrentamos cuando hablamos de la Atlántida es el de determinar su existencia real. La primera y prácticamente única referencia que tenemos sobre ella se la debemos a Platón, quien habló largo y tendido sobre el continente *atlante* en sus diálogos *Timeo* y *Critias*. Leemos en el *Timeo*: «(...) Había una isla delante de ese lugar que llamáis vosotros las Columnas de Hércules. Esta isla era mayor que la Libia y el Asia unidas. Y los viajeros de aquellos tiempos podían pasar de esta isla a las demás y desde estas islas podían ganar todo el continente, en la costa opuesta de este mar que merecía realmente su nombre».

Muchas son las obras en las que el lector interesado puede encontrar el texto original o los párrafos más suculentos dedicados a la Atlántida. A nosotros nos basta tan solo con señalar que Platón describe como más allá de las columnas de Hércules, en el Gran Océano, existía una tierra más grande que Libia y Asia juntas donde se desarrolló una rica civilización, un imperio que gozaba de un gran adelanto tecnológico. La majestuosidad de los atlantes contrastaba con su pésimo desarrollo moral, por lo que sufrió el castigo celeste hundiéndose en una sola noche y un día bajo las aguas de un justiciero Atlántico.

Teniendo en cuenta los mitos antes descritos y su ubicación atlántica más allá de las columnas de Hércules y del estrecho de Gibraltar, no es de extrañar que pronto se asociara el continente desaparecido con Canarias y los demás archipiélagos macaronésicos, que se describieron como los puntos más elevados del continente que quedaron sobre la superficie marina. A partir de aquí, y con cierta ligereza, se ha repetido hasta la saciedad que los supervivientes de la catástrofe emigraron a ambos lados del Atlántico, alcanzando las tierras americanas, europeas y africanas, haciendo germinar las principales civilizaciones precolombinas, megalíticas, europeas, egipcias y mesopotámicas. Si bien es cierto que hacia el 3000 a. C. se produjo una revolución cultural en las citadas civilizaciones, no lo es menos que dicha fecha, hace cinco mil años en total, dista mucho de la calculada a partir de Platón para el hundimiento de la Atlántida: doce mil años. La realidad parece algo o bastante diferente si se tienen en cuenta esos siete mil de desfase.

Pero vayamos por partes. Los principales expertos en mitología y en la figura de Platón coinciden en afirmar que su relato de la Atlántida no es más que un mito, una recreación de la sociedad ideal en la mentalidad griega, que se autodestruye por su degradación moral. Platón quería aleccionar a los suyos e inventó una hermosa fábula. Ni más ni menos, al menos para la mayoría. Sin embargo, otros expertos señalan que el filósofo griego siempre advertía en sus escritos sobre la realidad de lo que relataba, es decir, que avisaba acerca de si los hechos narrados eran ciertos o solo ficción. Platón es bastante claro al presentar los

acontecimientos atlantes como reales. ¿Mintió el sabio?, ¿se equivocan los expertos? Otra hipótesis barajada apunta hacia la posibilidad de que el relato sea ficción inspirada en hechos reales, algo parecido a nuestras modernas novelas históricas. El autor pudo tener acceso directo o indirecto a referencias o tradiciones antiguas –posiblemente egipcias– sobre un continente sumergido o una gran cultura desaparecida, e incorporarlas a su relato moralizante. De ser así, tendríamos que preguntarnos si dichas reseñas antiguas hablaban de un hecho real o de un mito. Difícilmente lo sabremos.



Uno de los muchos mapas de la Atlántida.

Cosas de la arqueología

Todas nuestras dudas se podrían despejar si se encontraran los restos sumergidos de un gran continente bajo las aguas macaronésicas. Todas, incluso las dudas sobre su verdadera ubicación geográfica, ya que aunque nos estemos refiriendo a Canarias como cuna atlante, entre los atlantólogos no hay consenso. Decenas de lugares se han barajado como la ubicación «auténtica» de la Atlántida, siempre con extensos argumentos que demuestran la validez de su candidatura. Entrar en el análisis de cada uno nos llevaría un tiempo y un espacio del que no disponemos y añadiría aridez a la lectura de la obra. No obstante, el

lector interesado podrá encontrar abundante bibliografía al respecto, a decir verdad, más de treinta mil textos, entre libros y artículos, que hablan en todo el mundo de una tierra de cuya existencia duda la mayoría.

Una hipótesis alternativa que afectaría a España y que ha sido trazada para intentar descifrar con mayor lógica el enigma atlante, tomando en consideración la geología, la climatología, la historia y otras disciplinas, es la que contempla la Atlántida como una gran cultura madre, y no como un continente que se esfuma en un parpadeo por un castigo divino. Estaríamos, pues, ante una cultura geográficamente localizada en parte de la península Ibérica, la Macaronesia y en la costa atlántica africana, un escenario geográfico que contaba hace doce mil años e incluso menos con un paisaje completamente diferente al actual: más tierras emergidas, abundante vegetación en las zonas desérticas norteafricanas, menores distancias entre las islas y los continentes, etcétera. El paulatino cambio climático ocurrido entonces—provocado, según las últimas hipótesis, por el impacto de asteroides que terminaron por alterar drásticamente las condiciones ambientales—pudo provocar la emigración de esos pueblos hacia Europa y África, incluso hacia América a poco que dominasen la navegación, provocando con su avanzada cultura un salto tecnológico y cultural allí donde iban. Con el paso del tiempo se fusionaron paulatinamente desde el punto de vista cultural y religioso con los autóctonos allí donde recalaron y, en función de los medios y recursos disponibles en sus respectivas localizaciones, generaron civilizaciones prósperas o se estancaron e incluso retrocedieron. La memoria de todo ello se podría rastrear hoy en día, según este punto de vista, en la arquitectura piramidal, el culto al Sol, la Luna y las estrellas, la distribución del poder religioso y político, cierta simbología cósmica, una protoescritura y otros elementos como la momificación, la trepanación e incluso el lejano recuerdo compartido de un diluvio o catástrofe universal. Sin embargo, de todo lo anteriormente expuesto tan solo son aceptados como reales y válidos los cambios geoclimáticos ocurridos hace una docena de miles de años. Al menos de momento.

No obstante, ello no quiere decir que los defensores de la hipótesis atlante no cuenten con indicios en los que apoyar sus aseveraciones. Ellos, al igual que cualquier persona medianamente informada, saben y aceptan que las islas Canarias son de origen volcánico, y que los pobladores indígenas que encontraron los conquistadores en los siglos XIV y XV no procedían de las montañas de la Atlántida, sino de las diversas migraciones bereberes que alcanzaron las islas hace aproximadamente unos dos mil años. ¿Cuáles son pues esos «indicios» sospechosamente atlantes?

Una excursión submarina

Siendo este libro una obra destinada a conocer la mayor cantidad de aspectos misteriosos y mágicos relacionados con Canarias, y en la medida de lo posible, contener lugares y rutas empapados de dicho componente enigmático, animamos a los más osados a que se sumerjan, literalmente, en las profundidades de Canarias en busca de la Atlántida. En su momento lo hizo el popular autor Charles Berlitz, archiconocido por sus trabajos sobre la propia Atlántida o el Triángulo de las Bermudas, y más recientemente le emuló –y de eso sí que tenemos pruebas– el no menos conocido autor británico Graham Hancock, por lo que, botella en ristre, los amantes del submarinismo tienen un bello espectáculo por contemplar.

Lo mejor, sin duda, para tal menester es ponerse en contacto con empresas o clubes profesionales de submarinismo de las islas. Las peculiaridades de las corrientes marinas hacen necesaria la guía de un profesional. Y los lugares que podemos elegir son variados. De entrada no será difícil sorprendernos con los fondos marinos canarios. Su riqueza natural los convierte en auténticos tesoros, por lo que con independencia de la existencia o no de restos sospechosos de construcción humana, el paseo marino valdrá la pena. Cualquier aficionado o profesional medianamente experimentado podrá llevarle a zonas en las que existen formaciones geológicamente naturales que nos recuerdan a calles empedradas, terrazas e incluso columnas. La naturaleza también

quiere contribuir bajo el agua a mantener el halo de misterio que milenariamente rodea las islas Afortunadas, alimentando incógnitas con caprichos de basalto que recuerdan en algunos lugares, como en la costa de Puerto de la Cruz, a catedrales, o sugieren la existencia de plazas artificiales, como en la plataforma de Los Gigantes, donde los habituales del submarinismo conocen una zona concreta como «Atlantis». En fin, la persona interesada no tiene más que contactar con dichos colectivos para localizar estas y otras zonas.

En cualquier caso, existen también otros lugares dignos de interés donde las sospechas sobre la artificialidad de algunas estructuras localizadas en sus fondos marinos han desatado airadas polémicas. El último y más conocido fue descubierto en el año 1993, cuando de forma casual tres submarinistas –Néstor Chávez, Moisés González y José Avero, agrupados bajo el nombre de SUBCAN– se toparon en la costa de Los Realejos, a unos ciento cincuenta metros de la costa y a treinta de profundidad, con una serie de formaciones de piedra de aspecto artificial. En conjunto, la estructura parecía una torre semicircular formada por bloques rectangulares de algo más de un metro de ancho por 0,75 de alto, hasta un total de once metros sobre el lecho marino. La controversia no se hizo esperar y pronto surgieron las fricciones entre los defensores de la Atlántida y los que aseveraban que la naturaleza había vuelto a mostrarse caprichosa. Los primeros proponían que eran formaciones artificiales que en un pasado remoto habían estado por encima del nivel de las aguas, mientras que los segundos sostenían que eran caprichos de la erosión o, como mucho, estructuras artificiales que habían sido arrastradas al mar con grandes masas de terreno desprendidas desde tierra y deslizadas al mar. En medio de la controversia, los tres profesionales del submarinismo únicamente destacaron su extrañeza ante el hallazgo que realizaron. Tendríamos que esperar al año 2000 para que G. Hancock intentara filmar nuevamente la estructura dentro de un proyecto mundial que buscaba documentar este tipo de emplazamientos, pero las corrientes marinas se lo impidieron y casi le cuesta la vida.



Restos de bloques de piedra labrada cubiertos por la arena en primera línea de mar en Fuerteventura. ¿Cuál es su origen?

Este último caso no hacía más que rememorar otra sonada noticia que, allá por los años ochenta, acaparó la atención de la opinión pública canaria. En esta ocasión, el sensacional descubrimiento se había producido en la zona de La Pechiguera, en aguas de la isla de Lanzarote, donde un equipo de submarinistas italianos dirigido por Pippo Capellano y vinculados a la RAI había localizado los restos de lo que entonces no dudaron en definir como los restos submarinos de una ciudad ciclópea. Capellano se encontraba de paso por la isla con la expedición Alyan-Mondo Sommerso, y casi por casualidad se toparon con aquella superficie marina de unos novecientos metros cuadrados, en la que aparecían diseminadas caprichosas formaciones que recordaban a escaleras, calzadas de piedra, muros y plataformas. Al menos eso fue lo que comunicaron a las autoridades y a la prensa y lo que mostraban algunas de las fotos que dieron a conocer, lo que motivó una expedición de científicos canarios reunidos por el famoso documentalista de TVE Luis Pancorbo, que tras reconocer el lugar dictaminaron, como era de esperar, que se trataba de caprichosas formaciones de basalto fruto del azar. Una vez más, la naturaleza parecía jugar con los sueños de muchos, al menos según el punto de vista oficial. Aunque estos dos últimos lugares no figuran en los mapas, a los más interesados no les resultará demasiado difícil contactar con profesionales locales del subma-

rinismo del valle de La Orotava, en Tenerife, o del Rubicón, Playa Blanca o La Mulata, en Lanzarote, que les sirvan de guía para recrearse en tan polémicos fondos marinos.

Como dato complementario, al lector le resultará útil saber que si bien las islas son de naturaleza volcánica, y el relato de Platón no puede ser interpretado al pie de la letra, existe un punto intermedio entre las maravillas naturales y algo confusas que nos ofrece Canarias y la existencia de vestigios de naturaleza ancestral y misteriosa. Hace al menos ocho mil años, la superficie sobre el nivel del mar de Canarias era mucho más amplia y las aguas estaban al menos cien metros por debajo de su actual nivel. Digamos que el mapa tal y como lo conocemos no era exactamente igual. Las islas tenían un litoral mayor; Fuerteventura, Lanzarote y los islotes formaban una sola tierra de unos doscientos kilómetros de longitud, conocida por la ciencia como *Mahan*, que actualmente se puede rastrear a través de su plataforma submarina. La distancia al continente africano se reduciría a sesenta kilómetros e incluso menos, y muestra un escenario muy diferente si consideramos además que el mapeado de los fondos permite descubrir zonas como el Banco de Amanay entre Gran Canaria y Fuerteventura, que en algunos puntos está a menos de veinticinco metros de la superficie, o montañas submarinas cuyas cimas también estarían emergidas en esa época. Ya es caprichoso que las dos localizaciones de las que hemos hablado se encuentren precisamente dentro de esas franjas.

Con este escenario –sin olvidar el que presentaban el estrecho de Gibraltar, prácticamente inexistente, la península Ibérica y el norte atlántico de África, convertidos en vergeles–, no resulta difícil ni tampoco científicamente descabellado imaginar el establecimiento de una cultura en esas costas hoy desaparecidas que pudo alcanzar cierto nivel de desarrollo, trabajar la piedra, desarrollar cierta tecnología y arte, e incluso navegar. No hay indicios sólidos ni convincentes de la existencia de dicha *civilización*, solo pruebas circunstanciales y un escenario probable, aunque ello no nos impide continuar especulando sobre cómo pudo «desaparecer» tras la subida del nivel de las aguas provocada por el deshielo de los casquetes polares. La inundación paulatina de

sus poblados erigidos en la costa y la escasez de recursos provocada por el cambio climático obligarían a este pueblo a buscar otras zonas en las que establecerse, dispersándose en un proceso lento que dio origen con el paso de los milenios al mito de la Atlántida.

En ese contexto, la existencia de ruinas submarinas cercanas a las costas de las islas cobraría sentido, así como el hallazgo a mediados de la década de los noventa del siglo pasado, bajo tres metros de arena, de dos esculturas de roca de gran tamaño en una playa de Fuerteventura. Accidentalmente, un rabioso mar las dejó al descubierto durante algo más de veinticuatro horas, tiempo suficiente para fotografiarlas y triangular su ubicación, hasta que nuevamente recobraron el silencio bajo varios metros de arena. Oficialmente también se impuso el silencio. Parecían, sin duda, los restos de una estructura mayor levantada a pie de playa, en una zona que el tiempo cubriría de arena de playa y agua. ¿Podían pertenecer a un pueblo que habitó las costas canarias y que se vio obligado a abandonar sus hogares por la subida del nivel del agua, o por efectos colaterales como derrumbamientos, hundimientos, etcétera? No hay pruebas de tal aseveración, más bien de todo lo contrario desde el punto de vista de la historia y la arqueología oficial de las islas, que atribuye a los primeros pobladores de Canarias una antigüedad no superior a los dos mil años.

Quizá ha llegado el momento de echar un somero vistazo al mundo de los antiguos pobladores de Canarias, a la procedencia, costumbres, peculiaridades y creencias de un pueblo, genéricamente conocido como «guanche», que aún no ha desvelado todos sus enigmas. Después regresaremos con más apuntes heterodoxos y apócrifos.

Guanches: la raza perdida

Si pudiéramos retroceder en el tiempo apenas cincuenta años, el panorama que encontraríamos en Canarias vinculado con el conocimiento de la cultura anterior a la llegada de los conquistado-

res europeos sería muy diferente del actual. Con la conquista de las islas se produjo un imparable y sistemático proceso de olvido y marginación de todo lo relativo a la prehistoria canaria que perduró durante más de cuatro siglos, con algunas excepciones honrosas, aunque no por ello menos parciales y escasas. A partir de ahí, y con la ayuda de eruditos europeos e incansables investigadores canarios de nacimiento o adopción, se fue avanzando en la recuperación y reconstrucción de la sociedad indígena, hasta el momento apenas conocida, a través de los textos inevitablemente condicionados y parciales de los primeros cronistas. La investigación material sobre el terreno, la tradición oral y la comparación con culturas cercanas en tiempo y espacio fueron arrojando luz sobre un período inmerso en las tinieblas que o bien había sido idealizado o por el contrario menospreciado e ignorado. Tampoco faltaron quienes adaptaron los hallazgos a lo que consideraban que «tenía» que ser ese pasado, y no a lo que las evidencias apuntaban con mayor claridad. Y en medio de todo este proceso, un permanente expolio, fruto de un tráfico ilegal de piezas arqueológicas que lamentablemente se mantiene hoy en día, y una inconsciencia sobre el valor de los vestigios prehistóricos, fruto principalmente de la ignorancia, mermaron hasta límites que nunca conoceremos el patrimonio *aborigen* de Canarias. Antes de continuar, me permito hacer una aclaración. Durante años, y en la primera edición de esta guía se refleja de forma repetida, usé el término «aborigen» para referirme a la cultura que conocemos como guanche. Más de una década después, y tras las precisas puntualizaciones de arqueólogos como José Farrujia de la Rosa, entiendo que es más justo, acertado y riguroso usar el término «indígena».

Por fortuna, y aunque apenas se realizan excavaciones y el expolio continúa a pesar de las severas leyes que lo penan, el panorama hoy en día es bastante diferente. Existen repartidos por las islas diversos centros de interpretación que con mayor o menor acierto preservan lo que queda, que no es poco, y que pueden ser visitados por quien lo desee. Gran Canaria es un ejemplo a seguir en ese modelo de gestión, continuando su estela islas como

La Palma o El Hierro, y quedando en el vagón de cola Tenerife, isla en la que, sorprendentemente, no se puede visitar ni un solo yacimiento arqueológico. Las universidades canarias tienen sus propios departamentos de Prehistoria y las publicaciones sobre el mundo guanche son tan abundantes –aunque no demasiado originales– que el lector interesado no tendrá problema alguno en profundizar en cuanto quiera de lo que aquí expondremos genéricamente. Existen magníficos museos arqueológicos y, con el suficiente respeto y la mayor delicadeza, podemos incluso acercarnos a emplazamientos originales, auténticos museos al aire libre que se extienden por toda la geografía canaria.

Ahora las cosas han cambiado mucho y es frecuente ver los símbolos asociados al mundo nativo formando parte de vanguardistas obras de arte, decorando edificios, camisetas, logotipos políticos, o asumidos por marcas comerciales de diversa índole. La espiral o las diversas formas de las pintaderas son símbolos completamente integrados en la sociedad canaria, cuando apenas unas décadas atrás llevarlos era signo casi de marginalidad. Ahora los encontramos tatuados sobre bronceados cuerpos o bien formando parte de la decoración y los abalorios de alguna iglesia. Incluso se ha llegado a realizar alguna tesis doctoral buscando entender, sin éxito desde mi punto de vista, esa singular penetración social.

Espero que el lector entienda que en nuestro paseo mágico por Canarias no podía quedar al margen el mundo nativo. En su cultura, en sus realidades y misterios, encontramos unas Canarias que hasta hace muy poco no se nos permitía conocer ni valorar en su verdadera dimensión, alimentándose el desconocimiento y una lectura de perfil bajo de quienes colonizaron e hicieron suyas estas islas por vez primera. Y es que a la cultura nativa volveremos de forma recurrente, ya que al hablar más adelante de algunos lugares mágicos, de creencias sobre magia y medicina popular o de fenómenos anómalos de diversa índole que aún hoy siguen de actualidad, habremos de otear también ocasionalmente el horizonte de los antiguos canarios.

Guanches, bimbaches, auaritas...

Aunque genéricamente se aplica el nombre de «guanche» a toda la población nativa de Canarias con la que entablaron contacto los europeos, lo cierto es que tal denominación solo es aplicable a Tenerife. Los habitantes de cada isla tienen su propia forma de denominarse, algo que en los últimos años se ha insistido en resaltar como un síntoma de la deriva insularista que ha tomado la arqueología en Canarias, tal y como acertadamente explica José Farrujia. De esta manera, junto al gentilicio «guanches» para Tenerife tenemos el de «bimbaches» en El Hierro, «gomeros» para La Gomera, «auaritas» para La Palma, «canarios» en Gran Canaria, «majoreros» para Fuerteventura y el de «majos» para Lanzarote.

El problema derivado de la procedencia de los antiguos canarios sigue desatando hoy día airadas polémicas, a tenor de las diversas teorías planteadas y que de forma elocuente sintetiza el prehistoriador José Carlos Cabrera:

Atlantes supervivientes del cataclismo que en un solo día hizo desaparecer la más sugerente de las civilizaciones de la Antigüedad; romanos conducidos por el general Sertorio en busca de las «Islas de los Afortunados»; tartesios llegados al Archipiélago en virtud de su dilatada tradición marinera y pesquera; audaces marinos fenopúnicos, prospectores de púrpura y de bancos de túnidos; crueles vikingos de cabellos rubios –los mayus de las fuentes árabes–, que durante el Medioevo contornearon el litoral atlántico europeo y norteafricano; gétulos llevados a Canarias por Juba II de Mauritania; nímidas, rebeldes a Roma, deportados a las islas tras serles cortadas sus lenguas; o africanos continentales que llegan en virtud de unas motivaciones ignotas, pero suficientemente poderosas como para forzar el abandono de sus hábitats seculares. El mito, las tradiciones históricas y la ciencia prehistórica se amalgaman en la –hasta ahora– imposible tarea de determinar con exactitud el lugar de procedencia y la fecha de arribada de los primitivos pobladores del Archipiélago Canario.

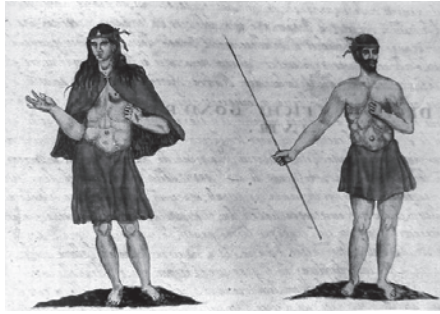
Así las cosas, y teniendo presente que pudo haber un poco de todo a lo largo del tiempo, tal y como veremos más adelante, nuestro punto de partida es y debe ser el de la mayor parte de los prehistoriadores, de tal manera que lo más admisible científicamente es aceptar que los primeros canarios pertenecían a las poblaciones protobereberes, que, procedentes de un pasado ciertamente enigmático en el Norte de África, arribaron a las islas no antes del primer milenio antes de nuestra era. Afinando un poco más la fecha, los expertos aseveran que la población antigua de Canarias desarrolló su cultura desde el 500 a. C. hasta el siglo xv, finalizando con la conquista del archipiélago. No obstante, las dataciones para el origen tienden a corregir esas fechas cada cierto tiempo, y también se acepta que la desaparición de la cultura guanche fue más paulatina, sobreviviendo durante mucho más tiempo en zonas de menor influencia castellana o bien apostando por la discreción.

Determinar si llegaron por sus propios medios siguiendo una ruta y objetivos preestablecidos, si lo hicieron a la deriva o por fortuna, o bien si fueron traídos contra su voluntad y «abandonados» es una de las muchas incógnitas aún no resueltas. Lo que parece cierto es que, procediendo de un tronco cultural común fácilmente rastreable, la población de cada isla siguió su propio desarrollo, en función obviamente de las particularidades del medio y de las influencias esporádicas e incluso continuas que pudieron experimentar.

Pertenecían a dos tipos humanos diferenciados, el cromañoi-de y el mediterranoide, con algunas variantes atribuidas al mestizaje y una distribución aleatoria y desigual en todas las islas, de acuerdo a los estudios efectuados sobre los abundantes restos óseos conservados.

La imagen del buen salvaje, alimentada de forma especial durante el siglo xix y en la que la nobleza y el acuciante sentido de la justicia del aborígen iban unidos a una gran fortaleza y estatura, no exentas de una belleza manifiesta en sus cabellos rubios y ojos claros, se ha mantenido prácticamente inalterable hasta hoy en día. Sin embargo, la arqueología, y más concretamente la antropología biológica, vienen proporcionando desde

hace muchos años abundantes datos que contradicen o matizan sustancialmente esa imagen idílica. Ciertamente, la gran fortaleza de la que gozaban los habitantes de cada isla está fuera de toda duda. Las duras y exigentes condiciones del medio en el que vivían así lo requerían, obligándoles a desarrollar también una gran destreza y agilidad que les dotaba de cualidades inmejorables para el combate, tal y como comprobaron reiteradamente las tropas castellanas. En cuanto a su estatura, realmente era elevada, pero no alcanzaba tallas gigantescas como las que se idealizaron, pensando posiblemente en su legendaria procedencia atlante. Se admite 1,65 metros para los hombres y 1,55 metros para las mujeres, con tallas más elevadas para los habitantes de Fuerteventura, cuya media se sitúa en 1,71 y 1,60 metros para hombres y mujeres, respectivamente. La tradición popular y la criptoarqueología continúan apostando por la existencia de seres de gran estatura, auténticos gigantes que fácilmente podían haber alcanzado los dos metros, apoyándose en viejas leyendas, topónimos y algunos vestigios arqueológicos. En Granadilla de Abona, en la isla de Tenerife, se localiza un yacimiento arqueológico en la zona de El Desierto conocido como «las medidas de los guanches» en el que se contornea sobre el lecho de toba volcánica lo que parece una pareja de guanches, con unas medidas literalmente gigantes. El varón alcanza los 2,94 metros y la mujer los 2,67 metros. Este es apenas uno de los varios yacimientos de este tipo que se localizan en las islas. Pero la tradición va mucho más allá. Antes nos referíamos al término Mahan como denominación de una gigantesca isla que podría dar sentido a la Atlántida, un término tomado de la tradición de un gigante con ese nombre que vivió en Gran Canaria y que, según recogió Leonardo Torriani en 1588, medía veintidós pies de largo. Otro cronista, en este caso Tomás Marín de Cubas, en su *Historia de las Siete Islas de Canarias*, de 1687, menciona a otro gigante de nombre Junicajo que vivía en el pueblo tinerfeño de Arico, mientras que en Gran Canaria encontramos topónimos como La Degollada del Gigante en Tejeda, las Cuevas del Gigante en Agüimes y la Sepultura del Gigante en Santa Lucía, que evocan esas viejas historias.



Dibujo de Torriani que representa a una pareja de antiguos gomeros.

La nobleza y belleza de los guanches parecen fuera de toda duda a tenor de numerosas reseñas, y en cuanto a su condición cuasi nórdica, ojos claros y cabellos rubios, es cierto que en algunas zonas, especialmente en el norte de Tenerife, parecía ser así. Los prehistoriadores nos recuerdan en este sentido que en las poblaciones bereberes abundan dichos rasgos, lo que evita que recurramos al origen nórdico propuesto por diversos investigadores, una hipótesis que llegó a despertar en la Alemania de Adolf Hitler un inusitado interés, hasta el punto de enviar científicos a realizar estudios raciales y planear expediciones que solo el devenir de la Segunda Guerra Mundial logró truncar.

Cuando se produjeron los primeros contactos europeos inmediatos a la conquista, las islas estaban subdivididas territorialmente en menceyatos, cantones o reinos, bajo el mando de diferentes reyes o «jefes del linaje» cada uno, que pudieron derivar de un pasado no determinado en el que pudo haber existido un único rey o jefe por isla. Cada ínsula, como ya indicamos, tenía sus particularidades, de tal manera que podían existir alianzas temporales entre varios *mencey* (denominación usada para Tenerife) o enfrentamientos entre bandos. En el caso de Lanzarote y Gran Canaria, las crónicas aluden a un solo jefe o rey que centraliza el poder, que recibe el nombre de «guanarteme» en el segundo caso, y tal circunstancia debió de darse también en La Gomera, donde el topónimo Valle Gran Rey parece recordar un hecho similar, aunque en la época de la conquista existían al menos cuatro cantones.